

indeterminismo, elementos que han demostrado no sólo su persistencia, sino su autoridad como las únicas certezas que podemos establecer en el complejo mundo del devenir humano a través del tiempo.

Juan Carlos Ruiz Guadalajara

El Colegio de San Luis

VERÓNICA OIKIÓN SOLANO, *Los hombres del poder en Michoacán, 1924-1962*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 2004, 588 pp. ISBN 970-679-144-2

La presente obra —cuya primera versión constituyó una tesis de doctorado— se propone examinar las fuerzas políticas municipales, estatales y nacionales que se entrelazaron en los procesos electorales michoacanos entre 1924-1962. La arena electoral permite observar a la autora los principales componentes de la clase política michoacana, sus redes y bases de poder, así como la forma en que se articula con el proceso de centralización estatal de ese periodo. Empero, paradójicamente, su hipótesis central es que la historia política de 1924-1962 se define al margen de la competencia electoral. Es decir, no es en ella donde se toman las decisiones, sino el lugar en el que se ratifican y ritualizan. Aunque desde 1929 el partido oficial aparece como un espacio en el que la clase política disputa cuotas de poder, lo que impera es la verticalidad en la negociación de puestos electorales. El pueblo está ausente o bloqueado en la toma de decisiones.

Apoyada en abundantes fuentes archivísticas (municipales, estatales, federales y privadas), hemerográficas y bibliográficas, la autora recupera del olvido a diversas figuras políticas de los distintos

rincones michoacanos, que si bien hoy nos pueden parecer lejanos en su momento eran protagonistas de primera línea en sus respectivos espacios de poder. De tal suerte que la obra por momentos parece un almanaque o diccionario biográfico. Sin embargo, esto obedece a una intención deliberada de las consecuencias metodológicas que se adoptan: durante este periodo el poder es biografía y relaciones cara, reciprocidad, intercambio de bienes y servicios, fidelidad y a la vez oportunismo y pragmatismo político. En ese sentido, sólo un acercamiento biográfico de los hombres del poder permite entender la naturaleza del juego político michoacano.

La obra parte de la premisa de que sólo el estudio de una etapa larga de la historia política de Michoacán permite detectar los momentos de “crisis, cambios y continuidades en el ejercicio del poder regional” (p. 23). No obstante, quizá la mayor aportación de este libro radique en llenar una laguna de la historiografía regional: los orígenes, desarrollo y transformaciones del cardenismo en Michoacán entre 1924-1962, así como el modo en que éste incidió en la evolución y estructuración de la esfera política en la entidad.

De ese modo, Oikión muestra que la clase política michoacana, que operó a la sombra de Lázaro Cárdenas, se componía de una pléyade de intermediarios políticos de diversa índole (caciques, maestros rurales, líderes sindicales, gobernadores, diputados, senadores, líderes partidistas, burócratas civiles y militares), articulados en una bien aceptada red de poder, cuya puesta en marcha y evolución dependía de intensos regateos entre los componentes de la misma, pero sobre todo de las decisiones de su caudillo principal, quien, a su vez, siempre se las arregló para contar con el respaldo del presidente de la República en turno.

La obra inicia en 1924 por dos razones. Primera, porque ese año el gobierno central al bloquear toda posibilidad de que Francisco J. Múgica recupere el gobierno de la entidad —del cual fue obligado a dimitir en 1922—, Michoacán inició un largo

proceso de subordinación al Ejecutivo federal. En adelante la gubernatura dependerá cada vez menos del juego político de las fuerzas internas y más del favor presidencial. En segundo lugar, la derrota de la rebelión delahuertista en 1924 permitirá a Lázaro Cárdenas construir una extensa red de poder local. El libro finaliza en 1962 porque en ese momento arribará a Michoacán el primer gobernador no cardenista en casi 40 años. El presidente Adolfo López Mateos le cobraba así a Lázaro Cárdenas haber promovido al Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que pretendía respaldar a la revolución cubana. Con eso el cardenismo clásico se irá debilitando. Será hasta la década de 1980 cuando de nueva cuenta reaparezca como fuerza política importante, pero ahora reanimado por Cuauhtémoc Cárdenas, el hijo del general, bajo la forma de neocardenismo.

Con la derrota de la rebelión delahuertista (1923-1924) tanto en los ámbitos nacional como estatal, el país pudo pasar a una “depuración y consolidación de la clase política en el poder”. Tras estos sucesos militares, aduce Oikión, en 1924 todas las fuerzas políticas michoacanas —incluso las mugiquistas— se unieron para apoyar la candidatura a la presidencia de la República de Plutarco Elías Calles y la de Enrique Ramírez —un general de filiación obregonista— para la gubernatura de la entidad. Ese año Michoacán se hallaba en bancarrota y con plena desorganización de los servicios públicos. La entidad resentía así las secuelas de la rebelión delahuertista, la crisis económica que padecía el país y enfrentamientos entre diversos grupos políticos de la entidad suscitados entre 1922-1924.

Por si fuera poco, Calles se empeñó en someter a gobernadores de cuya lealtad no estaba seguro. Era el caso de Enrique Ramírez, cuyo gobierno (1924-1928) estuvo marcado además, por el incremento de las movilizaciones agraristas y por el activismo y rebelión de los grupos católicos. Una de las tácticas callistas predictas para limitar el poder de los gobernadores era utilizar en su

contra tanto a la cámara local como a la comandancia de la zona militar de cada entidad. El diputado Melchor Ortega — oriundo de Guanajuato, pero que tenía una base de poder regional en Uruapan — fue el principal elemento de Calles para iniciar una campaña de desprestigio del gobierno de Enrique Ramírez en el congreso local. En 1925 Cárdenas fungía como comandante de Operaciones Militares en Jalisco y desde ahí mantenía informado a Calles de los acontecimientos políticos en Michoacán. Oikión considera que aunque no era la primera vez que Cárdenas intervenía en la vida política de su tierra natal (pues ya lo había hecho en diversas ocasiones entre 1918-1923)¹ fue a partir de ese momento que “se afianza” en ella, al mediar exitosamente entre el presidente y el gobernador michoacano, todo esto sin enemistarse con Melchor Ortega, quien había incrementado su capital político. A partir de ese momento Calles “le concedió al general Cárdenas el derecho a intervenir políticamente en su estado” (p. 75).

Esta temprana presencia de Lázaro Cárdenas en la entidad irá en aumento con el estallido de la rebelión cristera (1926-1929), pues el gobierno central lo responsabilizó de las operaciones militares en Michoacán. Cárdenas no perdió tiempo tanto para pacificar al estado como para extender sus lazos personales con diferentes líderes del naciente agrarismo michoacano. Por si fuera poco, en mayo de 1928, Cárdenas fue promovido a general de división y tras la muerte de Álvaro Obregón (julio de 1928) apareció como uno de los pocos generales que contaban con el mayor afecto por parte de Calles, ahora transformado en el jefe máximo de la familia revolucionaria. En ese sentido, no es de sorprender que también haya recibido su visto bueno para participar en las elecciones para elegir gobernador en

¹ En 1918 fue comisionado por el gobierno central para combatir el bandolerismo en Michoacán; fungió como gobernador provisional en 1920 y jefe de Operaciones Militares en 1923 para combatir a la rebelión delahuertista.

1928, cargo que asumió en septiembre de ese año. Lo que sí llama la atención es la habilidad de Lázaro Cárdenas para construir un fuerte poder regional e impulsar un gobierno reformista en la entidad sin enemistarse con Calles, así como para capitalizar en su provecho los turbulentos acontecimientos que se suscitaron durante el maximato (1928-1935). Oikión pasa revista a este complejo periodo y encuentra la clave de eso en uno de los rasgos de la personalidad de Lázaro Cárdenas: su prudencia y pragmatismo político.

Una vez en la gubernatura, Cárdenas impulsó una serie de reformas (agraria, laboral, religiosa y educativa) que le permitieron construir una poderosa organización de masas en enero de 1929, La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMDT). No obstante, cuando Calles consideró que su “Chamaco” — como cariñosamente solía referirse a Cárdenas — había ido demasiado lejos en su experimento regional, promovió al general Benigno Serrato para la candidatura del gobierno de la entidad en 1932. Al hacerse cargo del Ejecutivo estatal, éste se dedicó a frenar y golpear las bases de poder de su predecesor. Lázaro Cárdenas no se opuso de manera abierta a las acciones de Serrato. No obstante, Oikión considera que la CRMDT logró resistir esta ofensiva porque Cárdenas veladamente la seguía apoyando desde sus diversos cargos públicos entre 1932-1934 (entre otros, comandante de operaciones militares en Puebla, presidente del Partido Nacional Revolucionario, PNR).

Uno de los aspectos en los que no repara la autora es que la resistencia de la CRMDT durante la fase serratista obedeció también al arraigo de esta organización en las diversas regiones michoacanas. Como varios estudios ya han demostrado,² no fue construida sólo desde arriba, sino también desde abajo. La CRMDT se había con-

² Véase Christopher R. BOYER, *Becoming Campesinos. Politics, Identity, and Agrarian Struggle in Postrevolutionary Michoacan, 1920-1935*, Stanford, Stanford University Press, 2003 y Enrique GUERRA MANZO, *Caciquismo y orden público en Michoacán, 1920-1940*, México, El Colegio de México, 2002.

vertido especialmente en un foro para la participación política, la negociación y resolución de varios problemas de las comunidades agrarias. Oikión centra su atención en el poder y los intermediarios políticos, pero no ve el papel de las bases sociales de la CRMDT y el modo en que condicionaban las decisiones de sus líderes, a la vez que los utilizaban pragmáticamente. Enfatiza más la manera en que éstos controlan a las masas, las decisiones tomadas desde arriba y la verticalidad en la distribución de cuotas de poder. Haber prestado excesiva atención a la arena electoral le impidió observar otras formas de participación política desde abajo, que van más allá del voto. El hecho de que no exista democracia en el interior de las organizaciones, no implica que éstas hayan sido entes pasivos. De hecho, como han enseñado Norbert Elias y Michel Foucault, no hay poder sin resistencia.³ El intenso faccionalismo que se suscita cada vez que hay elecciones, especialmente en el ámbito municipal —un aspecto bien documentado por Oikión—, es ya un indicio de esos juegos de poder y resistencia. Para dar cuenta de las tensiones entre bases y líderes, así como de la complejidad de las cadenas de la mediación política y de sus funciones, no basta con observar los procesos electorales, es necesario ligarlos con otros campos: agrario, religioso, educativo y judicial. Considero que el libro hubiera ganado en profundidad si la autora hubiera reparado más en estas dimensiones. Para eso no era necesario referirse a todos los municipios michoacanos, bastaba con seleccionar estratégicamente algunos de ellos y explorar su evolución a lo largo del periodo.

Por otra parte, los escasos dos años que duró la gubernatura de Serrato (1932-1934) fueron de frecuentes conflictos —muchos de ellos sangrientos— entre serratistas y cardenistas, que tenían como principales propósitos la disputa por el control de la CRMDT, ayuntamientos y candidaturas del PNR para los congresos local y

³ Michel FOUCAULT, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992 y Norbert ELIAS, *Conocimiento y poder*, Madrid, La Piqueta, 1994.

federal. Sin embargo, la prematura muerte de Serrato en un accidente aéreo el 3 de diciembre de 1934, dejó sin su principal cabeza al serratismo. Cárdenas, ya como presidente de la República, promovió al general Rafael Sánchez Tapia como gobernador interino, cargo en el que se mantuvo por siete meses (pues Cárdenas lo sumó a su gabinete presidencial tras su ruptura con Calles en 1935). Durante ese breve periodo Sánchez Tapia inició una purga de serratistas en la CRMDT, ayuntamientos, burocracia estatal y cámara local. De inmediato, los cuadros cardenistas de la CRMDT ocuparon los espacios arrebatados al serratismo. Oikión afirma que para acabar con los conflictos faccionales en diferentes municipios, Sánchez Tapia también llegó a promover como presidentes municipales a militares o individuos ajenos a las comunidades. Incluso hubo un caso “caricaturesco” en donde “la presidencia municipal la ganaron los cardenistas mediante un ‘volado’ propuesto por el mismísimo gobernador Sánchez Tapia, quien se vio acosado por los serratistas” (p. 184). Pese a las fuertes protestas contra estas acciones del gobernador, éste no hacía más que seguir un consejo que le había dado Lázaro Cárdenas en una misiva del 16 de abril de 1935:

[...] pienso que por las divisiones que existen en muchos pueblos, sí conviene también empeñarse porque uno de los grupos en pugna asuma el poder municipal para que éste, bajo su responsabilidad procure la unificación de los ciudadanos del Municipio, pues de lo contrario podría suceder que sólo se mantiene una tranquilidad ficticia, pero que vuelve a presentarse la división con marcada frecuencia (p. 185).

Considero que esta carta de Lázaro Cárdenas muestra con claridad dos cosas. Primera, el intenso faccionalismo que siempre han vivido los municipios michoacanos y que atravesó al partido oficial. Segunda, el modo en que Cárdenas entendía el manejo del poder en Michoacán: procurar responsabilizar a una de las facciones en pugna para garantizar el orden público —lo que hoy se conoce como gobernabilidad. Lo que no precisa en su libro,

Oikión, es que a Lázaro Cárdenas no le importaba que no fuera siempre la cardenista la ganadora. De hecho, en su gubernatura había descubierto personalmente que no siempre la facción cardenista resultaba ser la más capaz para mantener la paz en los ayuntamientos y de manera pragmática logró pactar con facciones rivales a su gobierno (liberales o católicas).⁴ En cambio, gobernadores como Sánchez Tapia, y quienes le sucedieron, emplearon de manera burda, este método: favorecer siempre a sus clientelas predilectas. Estas diferencias en el estilo de gobernar nos dan una muestra del talento político de Lázaro Cárdenas desde su temprana experiencia como gobernador en Michoacán.

Empero, esta tolerancia que Lázaro Cárdenas mostraba para el pluralismo en el ámbito municipal contrasta con su actitud en el sector de las élites políticas que se disputan el poder a escala estatal en Michoacán: siempre supo encontrar la manera para que los gobernadores que arribaron al poder entre 1934-1962 fueran de filiación cardenista y que no contaran con una fuerte base de poder local independiente. De tal suerte que sólo a él y al presidente de la República en turno debieran pleitesía. Ésa es la historia que nos cuenta minuciosamente Oikión. Ya desde principios de los años cuarenta para la opinión pública michoacana era evidente que en Michoacán no se movía una hoja sin el “aval de don Lázaro”. Así, en 1943 un antiguo militante ortizrubista, el profesor Félix C. Ramírez, escribió una carta abierta a Lázaro Cárdenas en la que pedía a éste salvar a Michoacán “del cardenismo para que pueda elegir libremente a sus gobernantes; usted que supo y pudo librar a la nación mexicana del callismo” (p. 301).

Oikión nos da indicios de que el secreto de la larga hegemonía cardenista en Michoacán radica en tres factores. Primero, en el

⁴ Véase Enrique GUERRA MANZO, “Guerra cristera y orden público en Coalcomán, Michoacán (1927-1932)”, en *Historia Mexicana*, LI:2(202) (oct.-dic. 2001), pp. 295-322.

modo en que Cárdenas siempre se las ingenió para no perder el contacto con los intermediarios políticos de las distintas regiones michoacanas. Segundo, tanto en su sexenio presidencial como en su larga trayectoria como ex presidente, no dejó de utilizar su influencia para que arribaran al poder figuras políticas con escasa presencia en la entidad. Tercero, el hecho de que todos los presidentes que se suceden entre 1940-1958 hayan consultado a Cárdenas sobre los candidatos del partido oficial a la gubernatura en Michoacán.

Basta repasar brevemente la lista de gobernadores entre 1934-1962 para confirmar lo anterior. Rafael Ordorica Villamar (1934-1936), Gildardo Magaña (1936-1940), Félix Ireta (1940-1944), José María Mendoza Pardo (1944-1949), Daniel T. Rentería (1949-1950), Dámaso Cárdenas (1950-1956), David Franco Rodríguez (1956-1962). Todos comparten características similares: escaso arraigo en la entidad, carencia de bases sociales —quizá la única excepción sea la de Dámaso Cárdenas, el hermano del general— y una carrera política que debía mucho a los favores de Lázaro Cárdenas.

Finalmente, la obra de Oikión aspira también a establecer un modelo de análisis que sea emulado para comparar el estudio del poder en otras entidades del país (que como hemos visto, implica análisis de instituciones, redes de poder, hombres y grupos que intervienen en la arena electoral). Sólo el tiempo dirá si esta meta de la autora se cumple. Lo que sí es un hecho es que ha venido a replantear ya nuestra imagen regional del primer cardenismo. Eso permitirá no sólo avanzar en la comprensión de uno de los fenómenos políticos mexicanos más complejos en la pasada centuria, sino también perfilar ya su conexión con el neocardenismo, tarea que sería deseable que la autora también emprendiera.

Enrique Guerra Manzo

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco